

UNIVERSIDAD PARA EL FUTURO

Por Ana María Cetto

Resulta difícil prever el futuro de la Universidad cuando en décadas no ha sido estudiada ni discutida; cuando un desarrollo fuertemente modulado por la improvisación la ha llevado a un presente lleno de interrogantes. Resulta complejo delinear un proyecto para la Universidad cuando el proyecto de nación, más allá de los avatares sexenales, sufre amenazas y reveses que lo van dejando día con día más desfigurado.

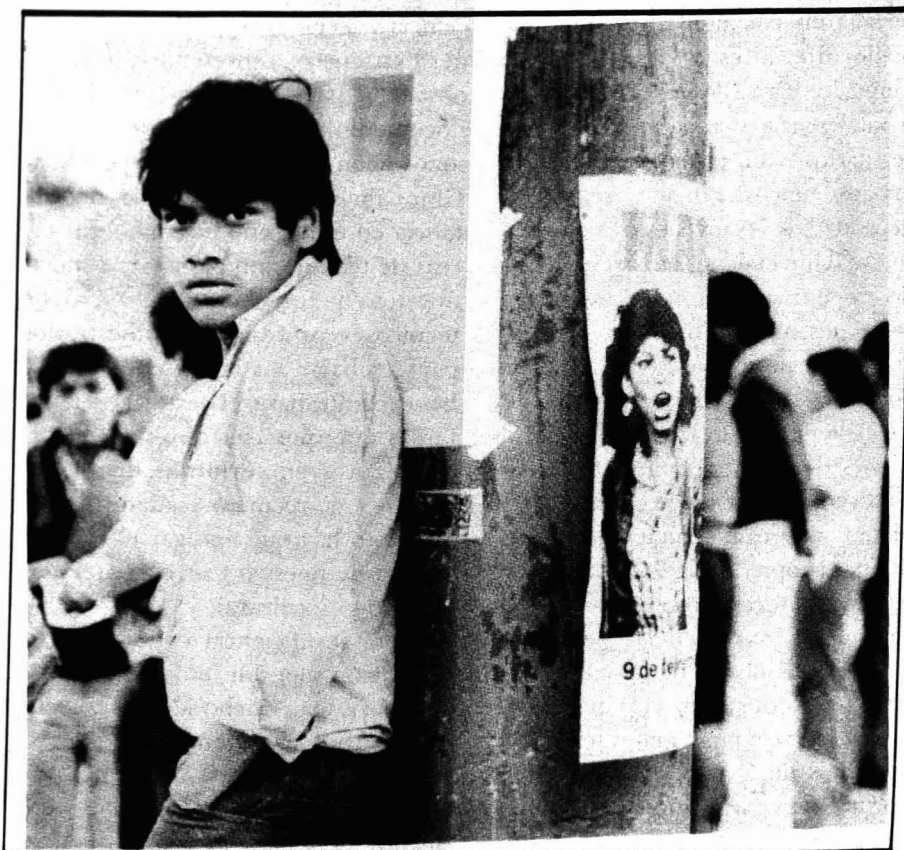
Tarea difícil ésta, pero importante; no sólo para los miembros de la UNAM, sino para el país entero. Porque, al igual que en otros países, el sistema universitario, y primordialmente la Universidad Nacional, configura una de las instituciones centrales de la sociedad y del Estado. En particular, en nuestro sistema de grandes instituciones, a la UNAM como eje del complejo de educación superior le ha tocado desempeñar una doble función estabilizadora e innovadora del sistema. Y ha asegurado el éxito de esta empresa dual mediante un equilibrio delicado de sus políticas, mediante la aplicación de ciertos controles en un complejo proceso de retroalimentación que responde a ofertas y demandas, a presiones de la sociedad —más bien, de algunos de sus sectores— y del Estado: por ello no se puede orientar exclusivamente a las élites ni se puede abrir totalmente al pueblo; ha tenido que limitar su crecimiento, pero no acepta fragmentarse; no puede centrar sus actividades en la crítica al sistema, pero tampoco puede convertirse en mera reproduc-

tora de éste. A la Universidad le ha tocado ser y hacer todo a la vez, y dejar de hacerlo sería correr el riesgo de dejar de ser la Universidad nacional que ha sido.

Cabe aclarar que por lo pronto, y sin respetar los diccionarios, que aún no registran esta curiosa costumbre nuestra, seguiremos hablando de 'Universidad' cuando en concreto nos refiramos a la UNAM, a sabiendas de que no es la única pero que el destino de nuestro sistema universitario está estrechamente vinculado al de ella, así sea sólo por su tamaño.

Es natural que esta multiplicidad de facetas y de funciones cree tensio-

nes y desajustes al interior de la Universidad, tensiones que se liberan y dan lugar a respuestas explosivas ante el primer intento de poner en práctica cualquier cambio que directa o indirectamente refleje y promueva alguna de estas facetas. Máxime si el cambio que se intenta afecta justamente en primer término a los sectores de por sí más castigados de nuestro complejo y heterogéneo sistema llamado comunidad. Lo que ha ocurrido en la Universidad en los últimos meses muestra claramente que los universitarios tenemos concepciones y visiones muy diversas, discrepantes a veces, de la Universidad, de



lo que es y lo que debería ser. Se ha puesto de manifiesto la urgencia de exponer al debate estas distintas visiones, de confrontarlas, defenderlas, corregirlas y enriquecerlas. Ha quedado claro también que la Universidad debe detenerse a revisar su orientación y sus tareas. Pero de este proceso hemos aprendido otra lección, quizá no menos importante: que en el debate se pueden identificar intenciones comunes y se pueden alcanzar puntos de consenso, al menos entre los que quieren una transformación de la Universidad. En primera instancia los protagonistas, más tarde los espectadores que poco a poco se han animado a tomar parte en el proceso, han dejado ver la voluntad común de estudiar a la Universidad. Es sobre esta plataforma de intenciones comunes que se pudo instalar en enero pasado la mesa en que se confrontaron las discrepancias, y que podrá continuar el debate hasta culminar en el Congreso.

Queda claro, sin embargo, que el esfuerzo apenas iniciado tendrá sentido en la medida en que logre llevarnos a elaborar una sólida filosofía de la Universidad que oriente su quehacer y su camino al futuro, y que nos permita diseñar alternativas de desarrollo diferentes a las que hemos adoptado. Para ello se requerirá toda la inteligencia y audacia de los universitarios, y un esfuerzo especial de los académicos. Porque frente a la necesidad de los jóvenes de crear una nueva Universidad que responda a las exigencias del futuro, se encuentra el deseo de los maestros de transformar la institución, pero de transformarla con moderación para que no deje de ser suya. Así, a las condiciones de frontera impuestas por el entorno, por factores externos, tendemos a agregar limitaciones por voluntad propia, orillados por la tradición, la inercia, intereses creados, prejuicios, experiencias personales, etc. Se nos olvida demasiado que se trata de construir la Universidad para las próximas generaciones; en palabras de Ortega y Gasset, se nos olvida demasiado que la educación es preparar en el presente vidas futuras.

Es tiempo de romper ataduras, de desechar prejuicios y temores, de voltear hacia los jóvenes que han clamado por una verdadera transformación de la Universidad y unirnos a ellos en este esfuerzo colectivo.

Es claro que para llegar a un acuerdo profundo sobre qué Universidad deseamos, habremos de ponernos de acuerdo primero sobre el diagnóstico de la Universidad de hoy y de los factores que la condicionan, y habremos de discutir cómo será el futuro de nuestra sociedad y cómo deseamos que sea; porque la Universidad debe contribuir a prefigurar esta sociedad y a la vez, será parte de ella.

En el diagnóstico que se haga, será ineludible la consideración de la situación cada vez más grave de dependencia del país, no sólo económica e industrial, sino en los campos de la educación, la ciencia, la tecnología y la cultura en general. Situación a la que se ha intentado responder mediante un modelo de desarrollo que más bien ha servido para fortalecer los propios lazos de la dependencia, en un afán de 'modernizarnos para no quedarnos atrás'. Esta 'modernización refleja', al no necesitar de más ciencia y tecnología que la importada del extranjero, representa un grave obstáculo para la generación de conocimiento propio: la creación y la innovación resultan, así, superfluas. Gradualmente cobran mayor importancia en el terreno educativo las tareas de transmisión pasiva de conocimientos y formación de cuadros técnicos y profesionales adiestrados para trabajar en la dependencia, y básicamente para el sector terciario; tareas que, por cierto, son poco demandantes en términos de presupuesto y de recursos académicos.

A esto hay que agregar el enorme rezago de nuestro país en el terreno educativo y cultural, y en particular, la clara insuficiencia del sistema de educación superior, aún a escala latinoamericana. Mucho se ha oído decir —sobre todo en tiempos recientes— que la UNAM es una Universidad de masas. Ciertamente que el notable incremento de su matrícula —que fue dete-

nido hace ya más de una década— vino acompañado de una relativa ampliación del espectro socioeconómico-cultural del estudiantado; pero al no atender debidamente las deficiencias de una población más heterogénea, este incremento no es signo de democratización ni de aumento de oportunidades; los filtros establecidos se encargan de desmasificar a la Universidad. En nuestro país, más aún que en otros países de América Latina, las masas están fuera de la Uni-

